

El traductor superdotado

María de Miguel*

¡Psstt! ¿Algún traductor por ahí? Permítanme que me mofe.

Me llamo Soma. Ribo Soma. Soy el mejor traductor del mundo.

Esta incursión causará alboroto, no lo dudo, pues soy poco dado a prodigarme acullá la célula; no obstante, he creído conveniente abandonar el sol, cito sol, para poner los puntos sobre las jotitas. Las tuyas, se entiende. Porque ustedes, con esas ínfulas de traductores que se dan, deben saber a quién adorar. Al menda.

Mi arranque en esta vida fue azaroso, como el de cualquier orgánulo al que lanzan a un citoplasma con apenas cuatro nociones de crol y ahí te las apañes con la línea de flotación. Arribé a un soma y hete que me dije: aquí me planto.

Géminis de pura cepa, me establecí con un par. De subunidades, digo, apenas engarzadas por una bisagra a prueba de pseudópodos y mitosis varias. Ojeé entonces mi entorno con

ánimo de realizar una prospección laboral y ganarme el GTP: entre una madeja de retículos a medio instalar, pronto vislumbré el negocio, o lo que es lo mismo, una sarta de nucleótidos en espera de ser traducidos.

Enseguida senté el protocolo. Los mensajeros, a cargo del mandamás, que lo mío no pasaba de franquicia y el transporte estaba por los cirros; pago mediante transferencia (una por aminoácido); y mano izquierda con el ¡ar! transferente, de aspecto un tanto churrigueresco por su aderezo de bucles y horquillas, pedazo de querubín.

Sobra decir que a mí nadie me toca los codones, y tarea no me falta. A veces desfallezco, pero uno debe ser machote y, por cuestiones de código, no parar hasta que aparezca un *stop*. Si ya lo decía mi padre, que, en el mundo del citoplasma, unos nacen estrellados y otros mitocondria.

